YO TAMBIÉN HE TENIDO UN SUEÑO

He tenido un sueño precioso.
Por desgracia, al ser un sueño, al despertarme se ha desvanecido.
Pero su recuerdo ha permanecido.
En ese sueño un buen día me despertaba y todo era aparentemente igual pero todo había cambiado: la gente había empezado a pensar y a reflexionar.

Era un día distinto.
Un día en que el ruido se enmudeció y, por primera vez en mucho tiempo, la humanidad se decidió a pensar y reflexionar de verdad.
No opinar, no reaccionar, sino pensar: medir la distancia entre lo que decimos y lo que hacemos, entre lo que creemos ser y lo que en realidad proyectamos sobre los demás.

Ese día, los dirigentes, los poderosos y todos aquellos que ejercen influencia —en la política, en la economía o en cualquier esfera de poder— se veían ante la obligación moral de un examen público de conciencia. De rendir cuentas ante los afectados por su proceder. Todo ello en un ejercicio de lucidez, sin consignas ni eufemismos, donde cada cual reconocía sus errores, sus abusos, sus omisiones y los mecanismos de autoengaño que le permitieron justificarlos.

Los parlamentos se disolvían y los gobernantes se retiraban a reflexionar y meditar lo bueno y lo malo de su proceder. Durante unos días el mundo entero suspendía su rutina para escuchar, con atención y sin ira, las confesiones de quienes habían administrado el poder, a la par que hacían su propio examen de conciencia y emprendian las reparaciones pertinentes, fundamentalmente, pedir perdón.

Muchos comprendían entonces que no estaban allí por mérito, sino por inercia, por contactos o por favores heredados.
Y, al comprenderlo, daban un paso al lado.
No por vergüenza, sino por coherencia.
Dejaban espacio a otros: con mejores intenciones, más preparados, más lúcidos, en definitiva con mayor capacidad real y no simple ambición.

De ese acto colectivo de sinceridad nacía algo nuevo.
Un proceso constituyente sin partidos como eje, sino con personas como centro.
Un sistema donde la ciudadanía pudiera elegir con listas abiertas, votando a individuos concretos y no a bloques partidistas cerrados; donde cada voto fuese una decisión razonada, no una obediencia ciega, y a una persona concreta que no mintiera ni se mintiera para ostentar el cargo.

Y de esa gran reflexión también nacía algo aún más profundo:
la conciencia de que todo poder, toda palabra y toda acción dejan huella,
y de que el dolor se propaga como una herencia invisible que pasa de mano en mano si

nadie decide romperla.
Comprendiamos entonces que el verdadero cambio comienza cuando se dejan de infligir heridas,
cuando ante el agravio se opta por comprender en lugar de devolver el golpe,
por poner la otra mejilla, no como gesto de sumisión, sino como acto de inteligencia y de valentía moral.
Porque solo así puede terminar el odio por el odio,
solo así podemos cortar las cadenas del dolor que arrastramos como civilización.

Y junto a ese despertar emocional venía otro político:
la ruptura con la costumbre más vieja del poder, la escenificación del combate permanente.
Ya no hacía falta fingir enemistades para ganar apoyos, ni exagerar diferencias para conservar votantes.
El éxito político no consistía en derrotar al adversario, sino en conciliar acuerdos con quien piensa distinto,
en tejer consensos reales que hacían avanzar a la sociedad en su conjunto.
La dirección económica y política dejaba de ser un juego de suma cero para convertirse en una práctica racional del bien común.

Era el fin de la política entendida como espectáculo, y el comienzo de la política entendida como cooperación.
El poder dejaba de ser un refugio para el ego -y las más bajas pasiones- y se convertía, al fin, en una expresión madura de la inteligencia colectiva.

Y al despertar de ese sueño, aunque la realidad seguía igual, esta posibilidad arreló en mi en forma de certeza:
que ese mundo no es imposible,
solo requiere que un día, de verdad, nos atrevamos a pensar todos juntos en quienes somos, porque somos lo que somos y en qué queremos ser.